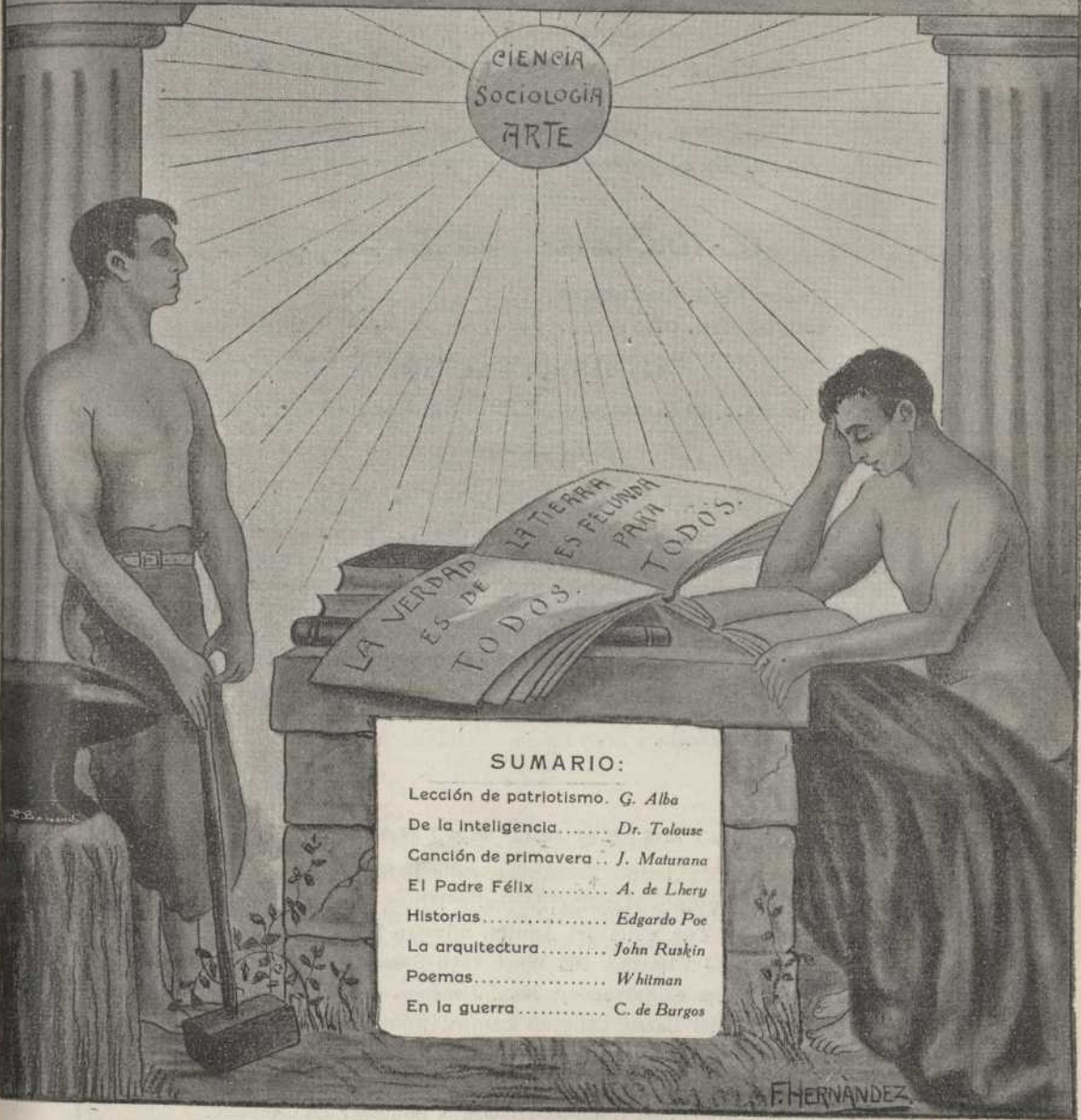


RENOVACIÓN

CIENCIA
SOCIOLOGÍA
ARTE



SUMARIO:

- Lección de patriotismo. *G. Alba*
- De la Inteligencia..... *Dr. Tolouse*
- Canción de primavera.. *J. Maturana*
- El Padre Félix..... *A. de Lheru*
- Historias..... *Edgardo Poe*
- La arquitectura..... *John Ruskin*
- Poemas..... *Whitman*
- En la guerra..... *C. de Burgos*

F. HERNANDEZ

20 Cts.

Imprenta Moderna

San José de Costa Rica

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

SOCIOLOGIA + ARTE + CIENCIA

RICARDO FALCOO, DIRECTOR Y EDITOR

REDACTOR DE LA SECCION NOTAS Y RECIBOS: ELIAS JIMENEZ

CONDICIONES DE ABONO:

Costa Rica, trimestre..... ₡ 1.00
Extranjero, año..... \$ 2.00 oro am.

ADMINISTRACION:

7ª Avenida, Este, 247, restaurant "Petit París" -- Apartado No. 638

AGENTES EN COSTA RICA:

PUNTARENAS: Juan Bautista Romero Casal — NICOYA: José D. Cárdenas — ALAJUELA: Carlos Calvo Fernández y C^ª — ATENAS: Tomás Yenkins — LIMÓN: Francisco Carrasco — RIO SEGUNDO: Ernesto Sánchez — ESCASÚ: José J. S. Aguilar — MANZANILLO: Gonzalo Quirós — PACACA: Miguel Parera — GRECIA: — José María Barquero — PARISMINA: Hernán Calzada — SANTO DOMINGO: Hernán Chaves — NARANJO: Demetrio Cordero — HEREDIA: Rafael J. Elizondo — SAN ISIDRO DE ALAJUELA: Zoila Delgado — JUAN VIÑAS: Miguel Guzmán — LIBERIA: José Carballo.

AGENTES EN EL EXTRANJERO:

Buenos Aires: Maximino Fernández, calle Perdríel, número 519.
Montevideo: Antonio Marzonville, calle Minas, número 259.
Habano: Juan Tur, calle del Águila, número 116.
New York: José Vilaríño, 266 West 15th Street.
Santa Ana (Rep. El Salvador): Max. Jiménez, profeso.
Lima: Carlos del Barzo, calle de Lampa, número 568
Antofagasta (Chile): Miguel Esprella, director de *Luz y Vida*.
Barcelona (España): Lorenzo Portet, calle de Cortes, número 478.
París: José Rodríguez Romero, tipógrafo, boulevard La Chapelle.

San José, Costa Rica

— 10 de Agosto de 1913 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA-ARTE-CIENCIA

Año III

Ricardo Falcó Mayor, Director

Núm. 63

Lección de patriotismo

(Página para niños)

La patria, queridos niños, es ese pedazo de tierra que os contiene, que conocéis, que amáis porque en él halláis penas y alegrías, dolores y esperanzas, horas de regocijo y expansión y horas de privaciones y deberes. Los caminos, las plazas, las lomas, montes, valles, llanos, cañadas, todo eso que veis cada día, tan atrayente, tan bello y tan natural, con sus seres vivos, sus coloraciones y sugestivos matices, todo eso es la patria en vuestra edad; todo esto lo amáis porque es guardador de infinitos recuerdos gratos, y lo amaréis siempre porque nada hay tan perenne como lo que se grava en los primeros años, en las primeras edades que se recorren tan rápidas y que dejan tan profunda huella.

Pero, más allá, detrás del horizonte donde el mar se junta con las nubes, donde la difusa coloración violácea de los montes en los atardeceres otoñales se confunde con el cenit soñoliento y triste, más allá aún, y más y más, queridos niños, hay otras patrias de otras criaturas como vosotros alegres y tristes, como vosotros sonrientes y juguetones, como vosotros buenos y sinceros, y también la aman, también guardarán imperecedero recuerdo de cada rincón de sus lugares y que vosotros no debeis jamás, entendedlo bien, *jamás!!!*, turbar bajo ningún pretexto, antes al contrario respetar como quereis que se respete el lugar de vuestra infancia, el guardador de vuestros secretos y amores de niños.

A medida que ireis creciendo, aumen-

tará vuestra visual, vuestras necesidades se multiplicarán, cambiará vuestra percepción, os dareis cuenta de cosas y hechos y enriquecereis valiosamente el caudal de vuestro conocimiento. Vuestra patria entonces se extenderá más y más; las fronteras y las razas las vereis confundirse en vuestra mente y aquella patria chica que amais y quereis se agrandará hasta abarcar todo el conjunto terráqueo, si no se os ha hecho egoistas o imbéciles y entonces también amaréis más el lugar de vuestra infancia placentera y respetareis, como cosa inviolable los otros lugares de la tierra porque comprendereis que no hay uno que no sea para alguien depositario de gratos recuerdos.

La Tierra será vuestra patria entonces; las guerras, la explotación, el patrioterismo, la conquista, todo eso tan *Justo, cristiano y natural* será objeto de vuestro repudio porque sabreis amar y querer todo lo bello, todo lo bello para alguien como lo es nuestro terruño y sabreis que por encima de las pasiones y de los absurdos humanos está el sentido nacional del hombre HOMBRE, como por encima de las exigencias y gustos de los endiosados está el noble gesto de rebeldía y protesta del que ama y piensa por su cuenta.

Entonces sereis libres y fuertes porque sabeis razonar.

Decidme ahora, queridos niños, sabéis un poco más de patriotismo?

Germina Alba.

De la inteligencia

Todo se aprende en la escuela, menos a pensar y obrar. El más inteligente, el más docto en cualquiera materia, no sabe dirigir su inteligencia.

Los confeccionadores de programas de estudios parece como si trabajaran para seres abstractos que no estuviesen sometidos a las necesidades fisiológicas de la inteligencia humana, de las que olvidar es la primera.

¿Qué queda de todos los hechos concretos que se aprenden en las clases?

En realidad muy pocas cosas.

Ultimamente algunos universitarios creyeron descubrir ese vicio examinando a jóvenes salidos de la escuela primaria desde hacía cinco o seis años, y cuyos cerebros, aplicados a un trabajo estrictamente manual, nuevamente habían quedado yermos. Y se maravillaban de ello. Pero, desde mucho tiempo ha, las escuelas de adultos revelan el mal luchando contra él. Y este mal es universal. Dicen los médicos que hay que aprender siete veces la anatomía para conocerla. Pero quien no la practica constantemente, lo propio que el cirujano, la pierde después de la séptima repetición como después de la sexta; el número de olvidos de que es capaz la memoria relativamente a un asunto aparte de las diarias preocupaciones, es, por decirlo así, indefinido.

Si tras largos estudios de todo género se procurase formar el inventario de lo que queda de nociones concretas, nos avergonzaría ver lo poco que de ellas se ha conservado.

El inmenso granero de ideas constituido por el trabajo, conviértese en laberinto, en el que muchos departamentos están vacíos y varios conservan imágenes deformadas y risibles.

Tengo cuarenta años y hace treinta que me fatigo sobre los libros y la observación de los hechos, y no podría, de golpe y porrazo, encontrar—sobre ninguna de las ciencias que he cultivado—las respuestas que se piden a los alumnos y que he dado en diversas ocasiones en mi tiempo.

He aquí una observación comprobada, general por lo demás, que debe ser meditada por los que constituyen exámenes. Así como así están los libros para substituir facultad tan engañosa como la memoria, para todas las profesiones hay formularios, anuarios que refrescan los recuerdos borrados.

Pero, entonces ¿qué queda de la educación y por qué nos instruimos si tan poco se retiene? El objeto es completamente distinto.

Debemos esforzarnos en desarrollar la inteligencia, es decir, la facultad de comprender y asimilarse los hechos: reconocerlos, y en caso necesario comprobarlos, hacer la crítica de las ideas y apreciar su relatividad y la parte hipotética, reconocer los prejuicios y distinguirlos de los conocimientos ciertos, no ser víctima ni de la fuerza de autoridad ni de la ley del esfuerzo menor—que ambas a dos tienden a imponernos nociones sospechosas,—razonar con exactitud en su profesión como en los negocios de la vida privada, reaccionar en conformidad a las excitaciones exteriores, tener iniciativa, combinar sus actos con la mira de resultados descontados.

Para alcanzar esta superioridad, precisan ejercicios de gimnasia intelectual, pero no todos son igualmente buenos. Es todavía necesario no perder jamás de vista que los mejores no son siempre más que medios y hay que guardarse de tomarlos como fines, lo que conduciría a soltar la presa por su sombra. La aptitud más bien que el conocimiento, he ahí lo que debemos esforzarnos en adquirir.

El buen sentido popular, por otra parte, no se deja engañar por los falsos aspectos de la inteligencia. Una persona podrá ser muy instruida, graduada en todas las facultades y laureada en concursos superiores, hasta poseedora de cátedra y de fun-

ciones eminentes, y con todo continuará siendo un pobre cerebro. Su criado o su ayuda de cámara no se deslumbrará en modo alguno por esos títulos; pensará que, a pesar de todo, su señor no es inteligente, y no se engañará. Así cabe explicarse el fracaso de ciertos individuos aventajados en la escuela, alumnos de prestigio, que se han convertido en hombres mediocres.

En verdad, crear es propio de la superioridad en todo medio, en todo lugar. El comerciante que instala una casa más adaptada a las necesidades de la clientela, crea, como el que perfecciona un método de enseñanza, encuentra una mejor disposición de una instalación industrial o aún pone de manifiesto un hecho nuevo en el estudio científico de los fenómenos. Hay ciertamente una jerarquía en esos actos, y

en este sentido no tienen todos el mismo valor, pero todos son del mismo orden. Ahora bien: se trata sobretudo en la vida de crear y no de conocer, lo cual es sólo el medio para ello. En las circunstancias de la existencia práctica, cada cual está en lucha con dificultades que nacen de las relaciones con su familia, con los extraños, con jefes y subordinados. La buena solución de estos conflictos, exige la participación de las mismas facultades superiores, y el que sabe salir airoosamente de un asunto delicado, ha debido encontrar en él los mismos recursos de invención que para resolver un problema de tecnología. Esforcémonos, pues, por ser inteligentes más que sabios.

Dr. Toulouse.

Canción de Primavera

Poema rústico en tres jornadas, por José de Maturana

"He aquí que estamos frente a un intelectual que es un apóstol cuando debería ser un trovador, porque está en la edad en que se canta a las rosas y a las melancolías. He aquí que estamos frente a un hombre infatigable, que hace versos bravos y buenos, hondas prosas de literatura y de sociología; que ya ha estrenado múltiples comedias, que ha dirigido periódicos, que publica libros, que es orador. . .

"José de Maturana es un laborador de fuerzas y de voluntad, que se inició en la lucha casi, puede decirse, al mismo tiempo de iniciarse en la vida, cuando aun no tenía bigote ni novia, hace diez años aproximadamente. Es un luchador de sangre vasca por temperamento, y un artista también por temperamento; habría, pues, que juzgarle bajo esa doble faz y juzgarle hondo, porque Maturana ya es una realidad, así hable o escriba, así haga versos o prosas, en dondequiera que se piense para el arte y para la humanidad.

"Maturana se ha dado todo a la lucha, como se dan las rosas al sol. Revolucionario, no por exhibición, pero sí por conciencia, afrontó de lleno persecuciones an-

tes e ingratitudes ahora, en la Argentina y en Europa, más fuerte y más estudioso cada día. Su paso por la redacción de *La Protesta* fue un reguero de luz y lo marcó con gotas de sudor, destacándose como uno de los que conocían más a fondo el movimiento obrero."

Asomémonos a la escena tres veces para oír algo de este canto al amor y al trabajo sin tiranías:

María Rosa.—¿Y en qué soñar?

Jacinto.—En la gracia

de una vida triunfadora
de otros aires, de una santa
libertad, que nos cobije
bajo el Amor, cuyas ramas
dan consuelo al que las besa,
como un árbol de esperanza.

María Rosa.—¡En el Amor!

Jacinto.—Lo más grande

que hay en el mundo. Su planta
cruza doblando claveles
por la tierra alborozada. . .
Por él triunfan los que sueñan,
en sus manos perfumadas
está el porvenir de gloria

de los humildes, y un ancla
de salvación nos ofrece
cuando la vida naufraga...

(Con más calor cada vez.)

¿Quiere, quiere que soñemos
en el Amor?

María Rosa.—(Como en un éxtasis.)

Esperanza

constante de los que sufren,
risueño laurel del alma,
que las frentes acaricia...
Yo, en mis noches solitarias
soñé con él, silenciosa,
bajo el rumor de las parras,
al reflejar de la luna
sobre los campos de plata,
mientras la canción errante
del carretero, que avanza
con su carreta de bueyes,
rumbo a la próxima "estancia",
resonaba en mis oídos
como el eco de una santa
y amada voz que al misterio
del porvenir me invitaba...
¡Pero no!

Jacinto.—¡Sí!... ¿Quieres hacer
que viva esa voz lejana
de nuestro ensueño, en un lazo
de luz y de venturanza?

María Rosa.—¿Cómo?

Jacinto.—Yendo hacia el Amor.

María Rosa.—¿Por dónde?

Jacinto.—¡Por donde él vaya!

María Rosa.—¿Y para qué?

Jacinto.—Para unir
los astros de nuestras almas
en una constelación
palpitante y soberana
como la Vida...

María Rosa.—¿Y a qué
llegarían nuestras ansias,
no teniendo libertad,
que es lo que el amor reclama?

Jacinto.—¡A la suprema ventura!
¡Sabríamos conquistarla
triunfando sobre el destino!

María Rosa.—Tal vez fuese a la desgracia
(Silencio. Desde un momento antes se ha
dejado oír en lejanía la canción melancólica del carretero que pasa. Los
dos la escuchan religiosamente.

Cuando la voz se aleja, luego de haber
dado la sensación nítida de que el ca-

rrero pasa frente a la puerta de la
finca, aunque a una distancia que im-
pide verlo, *María Rosa*, como des-
pertando de un sueño, dice:)

María Rosa.—La vieja canción, la eterna
y amante voz solitaria
que cruza el campo callado...

Jac.—¡Como el Amor que nos llama!
¿Quieres, quieres que soñemos
con el Amor?

(Tomándola de las manos apasionada-
mente. Pausa breve.)

María Rosa.—En mi alma
se ha hecho una luz...

Jacinto.—¿De consuelo?

María Rosa.—De consuelo y esperanza.

Jacinto.—(Con gran ansiedad.)

¿Y entónces?

María Rosa.—(En un arranque heroico)

¡Sí!... ¡Que te quiero

¡Te quiero con toda el alma!

(*Jacinto* imprime apasionado beso en los
labios de *María Rosa*. Silencio.)

Jacinto.—(En voz baja.)

Con este beso, una estrella
se enciende en mi corazón...

María Rosa.—(Dulcemente y señalando
al horizonte.)

Mira... ¿no ves?... Es aquella
que acompaña a la canción...

(*Dobla su cabeza sobre el hombro de Ja-
cinto*, que vuelve a besarla ardiente-
mente. La canción del carretero se va
apagando a lo lejos, y desciende muy
lentamente el telón.)

* * *

Margarita.—(Que se ha acercado con
las demás mozas.)

Las palabras del maestro
son muy dignas de escucharse.

Juanita.—(A Moza primera. Aparte.)

No está bien de los tornillos
el viejo...

Moza Primera.—¿Qué disparates
irá a decir?...

El Maestro.—Pues entonces,
muchas gracias, y al instante...

(*Mientras saca los papeles*, se habrá sen-
tado. Hombres y mujeres le harán cír-
culo, formando un cuadro pintoresco
que el anciano *Maestro* domina con su
actitud venerable.)

Sabed que mi dicha fuera
 ver que los mozos la canten
 al compás de las guitarras
 sintiendo con sus bondades,
 y al fondo del corazón,
 junto al cariño triunfante
 del hombre bueno, un profundo
 amor a la vida, grande
 como nada... Yo soy viejo;
 ya no puedo entusiasmar
 demasiado... Pero aun queda
 calor de ensueño en mi sangre...

(*Leyendo.*)

Oíd... Cantemos en estas quintas
 que el sol decora de rojas tintas
 con alma y vida nuestra canción,
 la que saluda cielos y auroras,
 la que ha encantado las trilladoras
 y ofrece al trigo su bendición.
 Cantemos todos, juntos y ufanos,
 esta gloriosa canción de hermanos
 que en las entrañas siento latir:
 porque con ella va el pensamiento,
 porque es la savia del sentimiento
 y arde en amores del porvenir...
 Por estos campos de fuerza viva
 que hoy la codicia voraz cultiva,
 bien para unos, para otros mal,
 cruzaba el rudo potro salvaje,
 vibraba el canto del paisanaje,
 soplaban un libre viento inmortal.
 Bajo estos árboles de augusta fronda,
 que el tiempo a triste desprecio entrega
 y yo, de niño, miré crecer,
 soñó otros mundos la Pampa hotuda,
 con la guitarra de Santos Vega
 y el alma virgen del buen ayer.
 ¡Campos que hoy sienten la fuerza amiga!
 ¿Quiénes les hacen brotar la espiga?
 ¿Quién les ha dado todo el calor?
 La voz del viento dice: "¡Vosotros,
 que habéis sembrado para los otros
 que habéis tenido sólo el dolor!"
 ¿Quién de la burda camisa rota,
 pobre bombacha, doliente bota,
 dejó en la tierra su juventud?
 "¡Vosotros—clama la voz del viento—,
 que aunque habéis sido luz del momento
 no tenéis premios a la virtud!..."
 Labrad la tierra con energía
 fuertes gañanes que al fin del día
 caéis rendidos en el galpón...
 Labrad la tierra, pero sed bravos;

no hagáis lo mismo que los esclavos,
 que se olvidaban del corazón.
 Rieguen la tierra vuestros empeños,
 abrid el surco para los dueños
 que sus castillos alzando van;
 pero que nunca dobléis la frente:
 sed siempre altivos, tened presente
 lo que se sufre ganando el pan...
 Y si en la noche de una derrota,
 con la flotante camisa rota,
 buscáis el techo del buen señor
 para pedirle su pan y abrigo,
 decid: "¡Nosotros somos el trigo,
 somos la vida, somos la flor!...
 Flor de esperanza que el astro baña
 sobre los triunfos de la campaña
 que el brazo fuerte supo alcanzar...
 ¡No te pedimos, señor, favores!
 ¡La hemos regado con los sudores
 de nuestras frentes, para sembrar!
 Dadnos a todos la franca mano,
 sed nuestro amigo, sed nuestro hermano,
 y haya armonía siempre, señor...
 Que ya no quiere sombras la tierra:
 ¡por tus dominios cruza la guerra
 y aquí en nosotros canta el Amor!"

(*La lectura del Maestro obtiene una entusiasta acogida, animándose el cuadro en explosión de plácemes, comentarios y risas, hasta que se reanuda el diálogo.*)

Juanita.—(*A Margarita.*)

¿Qué te ha parecido?

Margarita.—Hermoso.

Juanita.—(*A Moza primera.*)

¿Y a tí?

Moza primera.—Regular...

Moza segunda.—Sin gracia...

Juanita.—Pues yo no sé: te aseguro
 que no entendí una palabra.

* * *

Jacinto.—Porque en mi amor va mi vida,
 y en mi vida es la verdad
 tan sagrada, tan legítima,
 tan leal, que ni una mancha
 jamás en ella caería.....

(*Pausa.*)

Sin lazos de obligación,
 sin dobles ni mezuinas
 sorpresas engañadoras,
 dé aquellas que acaso sirvan
 a otros hombres para hacer
 de un corazón la conquista,

sin más ambición que el ansia
de las cosas que se envidian. . .
No; yo quise conquistarte
como al trigo se conquista;
llegar hasta tí he querido
como al surco la semilla;
como la lluvia, al verano,
cae en la tierra bendita,
y como el sol, por las tardes,
cuando el campo fructifica,
besa con santos fervores
la bendición de la espiga. . .
No quise con artimañas
ganarte. Fresca y sencilla,

la rosa de mis amores
puse en tu pecho. . . Tenía
tanta fragancia, tan pura
coloración, tan altiva
dignidad, que aquella rosa,
por el afán convertida,
se volvió flor de esperanza,
flor de triunfo, que tú misma,
con aquel íntimo arrullo
de tu presencia, oprimías
con tus manos bienhechoras,
para que hoy el alma, en risas
de gloria, te la ofreciera
sobre el altar de la vida. . .

El Padre Félix

por Alfredo de Lhery

Pensamos que el catolicismo no es responsable de los males que en este libro se atacan.

La castidad mal entendida y el desenfreno sexual conducen a semejantes extremos. Toda desvirtuación de la naturaleza, por defecto o por exceso, es temible, dentro del seminario y fuera de él.

Leamos ahora dos páginas, una del comienzo y otra del fin del libro:

Hacía ya varios meses que la sotana cubría mi cuerpo: mi corazón la desechara, mi mente se aferraba a la idea de que era el traje que más me convenía.

Esa incesante lucha que trabaron mis ideas entre sí me fue debilitando lentamente hasta dejarme postrado: continuos insomnios, falta absoluta de apetito que fue causa de prolongados ayunos y una alarmante tristeza abatieron mi cuerpo y me ví obligado a guardar cama por varios días. . . .

Quisiera aquí romper mi pluma y sepultar varias escenas en el más profundo rincón del olvido, pero ¡es imposible!

Convencido como debe estarlo todo el mundo de esa *hipocresía* llamada *congregación religiosa*, que suele ocultar sus torpes acciones con el antifaz de la virtud y que para disimular la palidez y abatimiento del pecado constante muestra un cilicio, me he propuesto quitarle por unos

instantes siquiera ese antifaz y robarle el cilicio de la mano para mostrarla tal cual es, ya que me cupo el infortunio de conocerla en todos sentidos.

¡Oh Virtud! Con razón ponen tu trono en el cielo.

Tú te ostentas sublime, sí, pero en esos lugares excelsos donde jamás llega el aliento infecto de la hipocresía.

Tú ciñes la frente de los convencidos, cuyas acciones van todas selladas con una hoja de laurel.

En la vida de los campos, en su escondido albergue, su color encendido y sus embriagadores perfumes se lee uno de tus símbolos, *la Modestia*.

En un arroyo que cruza fugitivo sobre un lecho cubierto de flores, dulce cantor de los campos, cuyos murmullos parecen las quejas de la ausencia de un cariño, y lágrimas de esperanza soñada las gotas que de sus orillas se desprenden, se alcanza uno de tus atributos, *la Resignación*.

En la solitaria fior de los Andes, que sobre las nieves se eleva con asombrosas galas y que parece encerrar en su corola el espíritu de una virgen, se comprende una de tus glorias, *la Castidad*.

En la palma de los desiertos, que se mece ante las brisas y lucha contra las airadas tempestades, allí estás tú, allí está tu símbolo, *la Fortaleza*.

En los misteriosos reflejos de la luna,

cuando trémulos rielan sobre las calladas ondas del Océano, se adquieren tus misterios; tu hermosura en sus panoramas; tu grandeza en su inmensidad.

¡Oh Virtud! Con razón ponen tu morada en los cielos.

Escondidas vives; sublimes atributos tienes; por eso inspiras veneración.

Y ¡cómo te martirizan en el mundo, aun los que se dicen tus hijos, tus defensores!

* * *

Libro mío, baja hasta el llano y revela tus verdades al pueblo, a ese que aun cree en los hombres de coronilla y los venera y les sacrifica sus ambiciones, sus ideales, su tesoro y... ¡cuántas veces su amor!

Serás maldito. ¡Yo te bendigo!

Serás despreciado. ¡Yo te amaré! ¡Eres hijo mío!

Tú difundes luz: las alimañas huirán de tí como los asquerosos insectillos ocultos bajo una gran piedra huyen desparvoridos cuando ésta se levanta y se da lugar para que la luz entre triunfante.

Eres sincero. ¡Los hipócritas te aborrecerán!

Baja, libro mío, al llano. El pueblo te espera.

Habla con el pueblo. Instrúyelo.

Y si te arrojan de todos los hogares, porque eres el reflejo de la verdad, vuelve a mi corazón, que siempre está caliente y ardoroso. Mi corazón ama a la verdad.

La verdad es luz.

Yo amo la luz.

Pero yo sé que no te despreciarán. Sé que las doncellas y las jóvenes te leerán a hurtadillas y los jóvenes te proclamarán lumbrera.

¿Que serás farol?... ¡El farol también alumbrá!

Tu misión es difundir luz.

Penetra también en los claustros, en los conventos, como penetró tu padre, para engendrar a otro de tus hermanos.

Que en breve te acompañará por el mundo.

Libro mío, sé feliz y cumple tu misión.

Historias grotescas y serias

por Edgardo Poe

Aquí están tres trozos distintos que muestran como principiaba Edgardo Poe sus cuentos:

Las facultades imaginativas que se definen con el nombre de análisis, son a pesar de ello muy poco susceptibles de análisis. Lo que sabemos de ellas, entre otras cosas, es que tales facultades son para el que las posee en grado extraordinario una fuente de goces inapreciables. Del mismo modo que el hombre fuerte goza con su aptitud física y se complace en los ejercicios que provocan la acción de sus músculos, el analista realiza su gloria con esa actividad intelectual cuya función consiste en desenrañar un problema, en desenredar una cuestión que, por sencilla que sea, le proporciona el placer de poner a prueba su talento. Se devana los sesos con enigmas, acertijos, jeroglíficos; despliega

en cada una de las soluciones una potencia de perspicacia que en opinión del vulgo llega a veces a tomar carácter sobrenatural. Y en efecto, los resultados hábilmente deducidos tienen algo de intuitivo, que nace del alma y del método empleado.

Esta facultad de resolución adquiere su mayor fuerza en el estudio de las matemáticas, y particularmente de las más alta rama de esta ciencia que, muy impropriamente y sólo teniendo en cuenta su modo retrógrado de operar, ha sido llamada análisis, como si ella sola lo constituyese, cuando, en suma, todo cálculo no es otra cosa. No trato de escribir un tratado de análisis, sino sencillamente, de poner al frente de un cuento bastante singular algunas observaciones a vuela pluma que le sirvan de prefacio.

Aprovecho, pues, la ocasión para proclamar que la alta potencia de reflexión se emplea y se aprovecha de un modo más activo en el modesto juego de damas que en el laborioso y fútil del ajedrez. En este último juego, cuyas piezas han de moverse diversamente y de manera complicada, y cuyo valor es distinto, se toma su complejidad por profundidad, error muy común por otra parte. La atención entra en juego de un modo extraordinario, con una potencia de intensidad abrumadora. Una distracción, un descuido significa la pérdida de una pieza, quizás una derrota. Como los movimientos posibles son no solamente variados, sino desiguales en *potencia*, las probabilidades de semejantes errores son múltiples, y en el 99 por 100 de los casos es el jugador más atento y no el más hábil el que gana. Por el contrario, en el juego de damas, el movimiento es sencillísimo y no experimenta variaciones apreciables; de aquí que las probabilidades de descuido sean mucho menores; no estando la atención acaparada por completo, todas las ventajas están de parte del más perspicaz.

* * *

Mi amigo Ellison disfrutó hasta su muerte de vida próspera. Y no utilizo esta última frase en su acepción esencialmente mundana. La persona a que me refiero parecía creada para simbolizar las doctrinas de Angot, de Pme, de Priestley y de Condorcet, para servir de ejemplo a lo que ha dado en llamarse el sueño ideal de los *perfeccionistas*. En la corta existencia de Ellison paréceme ver la negación del dogma según el cual hay en la naturaleza misma del hombre un principio misterioso enemigo de la felicidad. El estudio detenido de los accidentes de su vida me ha demostrado que los sufrimientos de la especie tienen su origen generalmente en la violación de algunas simples leyes de la humanidad (la especie posee elementos de satisfacción, de gozo que no utiliza) y que hasta en estos tiempos de negruras y de diversidad de opiniones acerca de la gran cuestión social, no sería del todo imposible que el hombre considerado individualmente pudiera ser dicho-

so en determinadas e imprevistas circunstancias.

Mi joven amigo tenía también muy arraigadas estas mismas opiniones: no estará de más hacer observar que la felicidad que nunca le abandonó y fue, por decirlo así, la nota característica de su vida, fue en parte la resultante de un método concebido de antemano, positivo hasta la evidencia, que si M. Ellison no hubiera tenido tanta filosofía instintiva—que en muchos casos suple a la experiencia—su misma suerte, verdaderamente extraordinaria, lo hubiese precipitado en el torbellino donde bullen los hombres que, aun siéndoles propicia la fortuna, no hallaron la felicidad. Pero no me propongo hacer un estudio acerca de esto.

El concepto que de ella tenía mi amigo se puede condensar en pocas palabras: sólo admitía como fundamento cuatro principios, o mejor dicho, cuatro condiciones elementales para ser feliz. Para él lo principal estriba, aunque parezca raro, en la vida campestre. “La salud que puede obtenerse por otros medios que los que proporciona la vida del campo—decía e este propósito—apenas merece esta denominación.” Para confirmar su aserto citaba a los cazadores de zorras y designaba a los labradores, únicos que a su juicio constituían los seres verdaderamente felices de la humanidad. La segunda condición se refería al amor por la mujer; la tercera, y la más difícil de poseer, a la carencia absoluta de ambición; y la cuarta y última a perseverar en el cumplimiento de las anteriores, según afirmaba, pues que de ella depende proporcionalmente el mayor o menor grado de felicidad.

* * *

Poco puedo decir de mi patria ni de mi linaje. Las desgracias y la edad me han hecho extraño a ambos. Mi patrimonio me hizo disfrutar de una educación poco común, y una aptitud especial me permitió ordenar metódicamente todo el material de instrucción que un estudio maduro me proporcionó. Entre todo, lo que más me deleitaba eran las obras de los filósofos alemanes; no porque me admirara su elocuencia, sino por el agrado con que, dada mi afición al estudio ana-

lítico, descubría sus lamentables errores. A menudo me han censurado la sequedad de mi ingenio, se me ha imputado como un crimen la falta de imaginación, y el escepticismo de mis opiniones me hizo siempre famoso. En realidad, sospecho que mi afición al estudio de la filosofía física impregnó mi conciencia de una imperfección muy vulgar en este siglo, esto es, de la práctica de atraer a los principios de esta ciencia las cosas menos susceptibles

de tal procedimiento. Debo hacer presente, no obstante, que con gran facilidad me dejaba arrastrar por las falsas creencias de la superstición. He juzgado oportuna esta digresión ante el temor de que el relato inverosímil que me propongo dar a conocer se tome, más que como delirio de una imaginación confusa, como la positiva experiencia de un espíritu para el cual han sido letra muerta los ensueños de aquella.

Las siete lámparas de la Arquitectura

(el sacrificio, la verdad, la fuerza, la belleza, la vida, el recuerdo, la obediencia),

por John Ruskin

Todos, aun los más profanos en materia de arte, podemos leer con placer y provecho las obras de Ruskin. Recomendamos particularmente las siete lámparas. Véase, como muestra, las páginas 31 y 176:

I. Existe una semejanza marcada entre las virtudes del hombre y las luces del globo en que habita, igual graduación de fuerzas hasta los confines de su dominio, igual oposición de sus contrarios, igual crepúsculo en su punto de contacto, zona algo más larga que la línea en la que se desliza el mundo por la noche, penumbra extraña de las virtudes; sombría región de controversias en la cual el celo se convierte en impaciencia, la templanza en austeridad, la justicia en crueldad, en superstición la fe, y en donde todo se pierde mezclado en las tinieblas.

No obstante, la mayor parte de las veces, aunque la obscuridad aumente en un modo gradual, podemos notar el momento de su desaparición, y podremos felizmente atajar la sombra en el camino de su descenso. Pero hay algo para lo que la línea del horizonte es irregular e indefinida, y precisamente es el ecuador y el círculo de todo: la verdad; la única cosa para la cual no hay grados, sino perpetuos desgarrones y rupturas, columna de la tierra, aunque columna nebulosa, línea dorada y estrecha sobre la cual se ajustan la vir-

tud y las fuerzas, que la política y la prudencia disimulan, que la bondad y la cortesía moldean, que el valor guarda con su escudo, que la imaginación cubre con sus alas y que la caridad obscurece con sus lágrimas. ¡Cuán difícil debe hacerse el mantener esta autoridad, la cual, además de reprimir la hostilidad de los peores principios del hombre, debe a la vez reprimir los extravíos de los más buenos y continuamente asaltada por los unos y traicionada por los otros, mira con la misma severidad las violaciones mínimas que las grandes al tratarse de sus leyes! Existen faltas ligeras a los ojos del amor, existen errores ligeros para los dictámenes de la ciencia; pero la verdad no perdona ninguna falta ni soporta ninguna mancha.

No reflexionamos lo suficiente sobre esto, no rehuimos las menores y continuas ocasiones de ultrajarla. Tenemos el hábito de contemplar la falsedad en sus más negras consecuencias con las intenciones más nefastas. Esta indignación que pretendemos experimentar por la mentira, no la experimentamos verdaderamente más que por la mentiraperniciosa. Nos irritamos contra la calumnia, la hipocresía y la perfidia, porque nos hacen daño, pero no porque sean contrarias a la verdad. Quitemos a la falsedad la difamación y el perjuicio y no queda apenas una leve sombra. Si la transformamos en alabanza nos causa placer. No son, por tanto,

la calumnia ni la perfidia las que producen en este mundo la mayor parte de los males; es la mentira brillante y dulce a un tiempo, la falsedad amable, la mentira patriótica del historiador, la mentira del sectario celoso, la mentira piadosa del amigo, la mentira indiferente de cada uno de nosotros para consigo mismo. . . . Esto es lo que arroja este negro misterio sobre la humanidad. No mintamos jamás. No consideréis la mentira como inofensiva, como fútil o como involuntaria. Descartémoslas todas; fútiles o fortuitas, no dejan de ser el hollín del negro humo del abismo. Es preciso purificar nuestro corazón, sin cuidarnos de averiguar cuál mentira es la más densa o más negra. La verdad, como una bella letra, no se adquiere más que con la práctica. Es más simple una cuestión de voluntad que de costumbre, y no creo que una ocasión cualquiera de practicar o de adquirir semejante hábito pueda pasar por inocente. Hablar y obrar con toda verdad constante y exactamente, es cosa casi tan difícil y meritoria como hacerlo bajo la amenaza del castigo. Sería curioso hacer constar cuántos hombres, según yo imagino, se adherirían al riesgo de perder su fortuna o su vida por uno que se sujetase al riesgo de alguna cantidad de enojo cotidiano. Así, puesto que de todos los pecados tal vez no haya otro tan completamente contrario al Todopoderoso como este de la mentira, ni ninguno que esté más "desprovisto del bien de la virtud y de la vida", es ciertamente una rara insolencia la de caer en tan odiosa falta a la menor tentación, o sin tentación a veces, y muy digno del hombre honrado decidirse a que, sean las que fueren las mentiras o las falsedades a que el curso de la vida pueda conducirlo, ninguna turbe la serenidad de sus actos y de sus decisiones o disminuya la realidad de las satisfacciones de su elección.

II. Siendo este principio justo y sabio respecto a la verdad, ¡qué necesario no será en interés de las satisfacciones que ésta origina! He reclamado la expresión del espíritu de sacrificio en los actos y los placeres humanos, no porque estos actos

podrían favorecer la causa de la religión, sino porque era para ellos una fuente de ennoblecimiento. Quisiera en este momento ver brillar en el corazón de nuestros artistas y de nuestros artífices el espíritu o *Lámpara de la Verdad*, no porque esta práctica leal por parte del artífice sirviese a la causa de la verdad, sino porque yo vería con gusto a todos agujoneados por el acicate caballeresco. Es maravilloso observar cuánta fuerza y universalidad encierra este sólo principio, y cómo de su conocimiento o de su olvido depende la mitad de la elevación o de la decadencia de todo arte y de todo acto del hombre. Me he esforzado en mostrar su extensión y su potencia en pintura; y se podría escribir un volumen en lugar de un capítulo sobre la influencia que ejerce todo lo que es grande en arquitectura.

III. Se puede creer en el primer momento que el vasto dominio de la imaginación es semejante al de la mentira. No, la imaginación es el llamamiento voluntario a la concepción de cosas ausentes e imposibles; el goce y la nobleza de la imaginación radican en parte en el contemplar y el conocer estas cosas ausentes o imposibles; es decir, en el darnos cuenta de su ausencia real o de su imposibilidad en el momento de su presencia o aparente realidad. Cuando se abusa de la imaginación se cae en la locura. Es una facultad noble mientras reconoce su idealidad; en cuanto cesa de reconocerla es la demencia. Toda la diferencia consiste en el hecho de la vista, en ese hecho en el que no hay decepción. Nuestra dignidad, como seres espirituales, exige que podamos inventar y contemplar aun lo que no existe; nuestra dignidad, como seres morales, exige que sepamos y reconozcamos al mismo tiempo que esto no existe.

* * *

III. Pero desde que comenzamos a interesarnos en las energías del hombre, nos encontramos inmediatamente operando ante un ser de doble naturaleza. La mayor parte de su ser parece estar acompañada de otra parte opuesta, ficticia, que por sus riesgos y peligros no la rechazan ni

la reunen. Así tiene una fe verdadera y una fe falsa (es decir, una fe viviente y una fe inerte, o una fe fingida y una fe sincera). Tiene una verdadera y una falsa esperanza, una verdadera y una falsa caridad, y por último, una verdadera y una falsa vida. Su verdadera vida es semejante a la de los seres orgánicos inferiores, es la fuerza independiente que le permite construir y gobernar las cosas exteriores; es la fuerza de asimilación que todo lo cambia alrededor de él en alimentos o en instrumentos, y que por humilde y dócilmente que escuche o siga la dirección de la inteligencia superior, jamás pierde su propia autoridad como principio de juicio; como voluntad es capaz ya de obedecer, ya de revolversse. La vida falsa no es con sinceridad sino una de las condiciones de inercia y de entorpecimiento; mas ella obra, aunque no puede decirse sea animada y no siempre puede distinguirse de la verdadera. Es esa vida de hábito y de azar a la cual muchos de nosotros entregamos no poco de nuestro tiempo; en este mundo esa vida en la que hacemos lo que no nos habíamos propuesto hacer, o decimos lo que no teníamos intención de decir, o consentimos lo que no conocemos; esa vida sobrecargada por el peso de las cosas que le son exteriores y que la adornan sin ser asimiladas; esa vida que en lugar de desarrollarse y desplegarse sobre una rosada salubridad, se cristaliza sobre ella como escarcha, y que es a la verdadera vida lo que al árbol una arborización superpuesta, aglomeración cristalizada de pensamientos y de hábitos que le son extraños, frágil, tenaz, helada, que no puede ir ni plegarse ni engrandecerse, pero que se quebrará y romperá en migajas si se levanta en nuestro camino. Todos los hombres son susceptibles de ser, en cierto modo, helados de este modo; todos están, en parte, cargados y cubiertos de esta materia estéril como de una

corteza; sin embargo, si ellos tienen en sí mismos la vida real, estarán siempre prontos a romper esta corteza con nobles desgarrones hasta que ésta llegue a ser, como esos sombríos fragmentos que se desprenden de los álamos, un testimonio de su propia fuerza interior. Pero a despecho de los esfuerzos que hacen los hombres mejores, la mayor parte de su existencia se desliza como un sueño, donde ellos obran y cumplen su papel a los ojos de sus compañeros de sueño, pero sin tener claramente conciencia de lo que les rodea o de lo que hay en ellos; son ciegos e insensibles.

La debilidad de la infancia está llena de promesas y de interés—la lucha de la ciencia imperfecta, llena de energía y continuidad—; mas ved cómo la impotencia y la rigidez se apoderan del hombre hecho; ved los tipos que apenas llevan el sello fresco de la impresión de la idea obscurecida por el oro; ved la concha del viviente en su forma adulta, cuando se han marchitado sus colores, cuando ha perecido su huésped: es un espectáculo más humillante, más punzante que la pérdida de toda ciencia y el retorno a la ceguera de una infancia impotente.

Sería deseable un retorno posible. Habría lugar para la esperanza si la parálisis se pudiera tornar en un estado de infancia; pero yo no sé hasta qué punto podríamos retornar a la infancia y comenzar nuestra vida perdida. Muchos creen lleno de promesas el movimiento que se nota en nuestras aspiraciones arquitecturales de hace algunos años a esta parte. Yo no sabría decir si esto es ciertamente el germen de una semilla o un sacudimiento de huesos, y no desconozco que sería fructuoso para el lector investigar hasta qué punto todo lo que nosotros hemos reconocido hasta aquí como lo mejor en principio, podría ponerse en práctica sin esta alma o vitalidad que pudiera comunicar influencia, valor o encanto.

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar a la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscarnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

Poemas

por Walt Whitman

Estos poemas serán leídos con gusto por los jóvenes que son a la vez liberales y teósofos.

Reproducimos la noticia del traductor y dos poemas cogidos a la suerte:

Los poemas cuya adaptación castellana ofrezco a mis lectores fueron escritos entre los años 1854-1888. La primera edición de las *Hojas de hierba*, en modesto in octavo, no pasaba de cien páginas. El mismo Whitman, en su condición de antiguo tipógrafo, *compuso* su propia obra. (1).

El poeta que naciera en Long Island— isla situada frente a Nueva York—el 31 de Mayo de 1819, tenía entonces treinta y cinco años.

Estimulado por los ensayos de Emerson, había soñado muchas veces en una *forma* lírica—capaz de descender a los más nimios detalles cotidianos y de remontarse a todas las plenitudes espirituales—, sin caer en la prosa ni en la poética tradicionales.

Era un anhelo análogo al que describe Baudelaire en el prólogo de sus *Poemas en prosa*. La diferencia radica en los distintos temperamentos con que uno y otro tentaron su realización.

Cláusulas de ritmo clásico, y sobria adjetivación en el francés; frases grandilocuentes, redundantes y bárbaras en el americano.

Dicha *forma* no parecía tener más precedentes que ciertas jaculatorias de misales, algunas páginas aisladas de Chateaubriand, las sentencias del Kempis, los axiomas de los grandes pensadores—Pascal y la Rochefoucauld—, rápidos y musicales como versos, y sobre todo, los versículos de la Biblia, y de los fragmentos de himnos órficos y védicos, tal como circulan en las traducciones de los idiomas modernos.

La "gran Idea" que Whitman se había forjado acerca de cómo *debía ser* el

cantor de la democracia, no podía ser proyectada sobre las generaciones del nuevo mundo, después de deformarse a lo largo de las estrechísimas cañerías poéticas en boga.

Había que comenzar por romper los moldes de la métrica medioeval. Había que revolucionar el *antiguo régimen* de las retóricas, a fin de dar al intelecto americano la libertad de creación y de expresión, como otros le habían dado ya la libertad política y civil.

Para lograrlo era menester renunciar a la tradición poética europea; hacer tablarrasa de sus temas y de sus musiquillas verbales; volver a lo más antiguo, a lanzarse en lo desconocido. . .

Walt Whitman, guiado por su extraordinario instinto poético, remontó a las fuentes mismas de los grandes Evangelios verdaderas canciones de cuna de las razas.

"El bardo de la democracia", según él se consideraba, no ra *un poeta más*. Debía ser el evangelista del Continente en formación, creador de valores nuevos, héroe, profeta y compañero de los hombres. Guía de los guías, consolador de los afligidos, pánico de los déspotas, maravilla de los niños, encanto de los jóvenes, amigo de las esposas, consejero de los padres, glorificador de la vida y de la muerte.

Para él, vivir no es conservarse, según entendía Schopenhauer, ni defenderse para no perecer, como postula Darwin. Vivir es desarrollarse—no a expensas de los demás y de sí—, como diría Nietzsche un cuarto de siglo después, sino de sí. Y ya que la vida individual arraiga en un substrátum egolátrico tanto más absorbente cuanto más imperiosa es la personalidad—hacer de suerte que el altruismo ilumine sus más sórdidas profundidades.

Walt Whitman llevaba en sí el afán de vida y de amor que Wagner encarnó en Sigfrido. Su genio floreció en plena juventud el grano de sabiduría que Fausto cosechaba en la vejez: amar la vida sobre las imágenes de ella que se marchi-

(1) *Leaves of Grass* (Nueva York), Brooklyn 1855.

tan entre las hojas de los libros.

Preferir la sonrisa de la hija del guardián a los tesoros ocultos en los sótanos bancarios.

Proyectar de sí formidables amaneceres de soles para regocijo de las humanidades presentes y futuras.

Después de haber estudiado a los más grandes maestros de las edades, anhelar que ellos pudieran venir a su vez a estudiarle. Manifestarse en todo como un Dios.

* * *

Acertar con la forma literaria adecuada al tono y a los múltiples sentidos de su "buena nueva" era empresa ante la cual empalidecían todas las de Hércules.

Cuarenta años transcurrieron, densos, eléctricos, antes que Whitman moldeara definitivamente las intuiciones torrenciales y con frecuencia contradictorias de su genio.

Cuarenta años de luchas con el verbo y el ritmo, de variantes y de refundiciones literarias.

* * *

Diez ediciones de las *Hojas de hierba* vieron la luz en vida de Whitman. A cada nueva edición el libro crecía, se transformaba, tornándose de más en más monumental. Pero siempre era *el mismo libro*.

La idea niveladora, el amor por los hombres comunes, el ennoblecimiento de todas las variedades del *profanum vulgus*, la pasión de la Naturaleza y de la libertad humana, el culto religioso del trabajo manual, estallando en himnos a todos los oficios, la apoteosis del sensualismo fecundo y de la belleza física, centellean en sus poemas como la espada del Arcángel a la entrada del *Paraiso perdido* de Milton.

La música sinfónica que solivianta sus versículos es comparable a la de los más potentes acordes de Wagner.

Ciertos pasajes de algunos de sus cantos sobrepujan en brio y en trascendencia a los más próceres de todos los tiempos. Sólo Nietzsche en el poema de *Los siete sellos* alcanza la altura y el vuelo lírico del yanqui.

Los poemas de Walt Whitman eran conocidos en Alemania antes de 1868.

El poeta Freiligrath había ya publicado un estudio acerca del aeda democrático en la *Allgemeinen Zeitung*.

Nietzsche por esos días se hallaba en Leipzig. Aun no había sido nombrado profesor de filología en Bale (1869). Su primera obra, *El origen de la tragedia*, apareció en 1872; la *Gaya Ciencia*, en 1884; *Aurora*, en 1886; y la primera parte del *Zaratustra* la escribió en 1883. Las cuatro partes conocidas de esta epopeya aparecieron de 1883 a 1886.

Según el plan de Nietzsche inserto en la edición de sus *Obras póstumas* (t.XII), el *Zaratustra* debía constar de seis partes. El capítulo final de la sexta parte corta del modo más completo el viejo nudo de sus contradicciones.

En él, *Zaratustra* anuncia a los hombres congregados a su alrededor que la lucha de clases ha concluido, lo propio que la moral de los dominadores. Afirma que en ese plano de la evolución, la especie humana tiene una sola tabla y un solo ideal. Tras reiterar su esperanza en la aparición del Superhombre, proclama su nueva fe: *que la vida volverá a comenzar* (1). En seguida les pregunta: *¿Queréis todo eso una vez más?* Todos contestan: *¡Sí!* Y *Zaratustra* muere de alegría. En este extraño desenlace parece percibir más la influencia del numen democrático de Whitman, que la del gran Fichte, de Holderlin y de Emerson, autores predilectos de su juventud.

El cosmos yanqui era, en su vida y en su naturaleza, lo que el poeta germano había soñado ser: la fuerza y la dulzura, la belleza y el desinterés.

* * *

Walt Whitman ejerció de enfermero voluntario durante la guerra de la Sección. En los hospitales de Washington contrajo la enfermedad que minando su organismo titánico degeneró en treinta años de parálisis.

Nietzsche fue también enfermero durante la guerra franco-prusiana (1870-

(1) Es la famosa idea del Retorno que Nietzsche creía haber sido el primero en imaginar (1881). (*) Antes que él, Kievideergaard había escrito: *El que desca recomenzar, ese es un hombre*. W. Whitman, veinte años antes, repite la misma idea, con leves variantes, en distintos poemas.

(*) Idea multimilenaria, clave cardinal de la Teosofía.

71). A las emociones de esa época y al abuso ulterior del cloral se atribuye la demencia que idiotizó sus últimos años.

* * *

Ambos son, a mi juicio, los líricos máximos del siglo pasado. El alemán, con las limitaciones que le imponía su criticismo filosófico y las complejidades de su gran cultura clásica. El yanqui con los deslumbramientos de su trascendentalismo religioso y las ingenuidades de su augusta autodidacta.

Aquél, concentrado y explosivo, a semejanza de los inflamables de los arsenales prusianos; éste, desbordante y por momentos monótono, como las cataratas de su patria.

A su lado, Hugo, Leconte de Lisle, Swinburne, Carducci, Junqueiro, Rapisardi, parecen poetas regionales. Poetas en el sentido más convencional y europeo de la palabra.

* * *

EN EL MAR, SOBRE LAS NAVES

En el mar, sobre naves alveoladas de camarotes,

El azul sin límites se extiende por doquiera,

Con los vientos que silban y la música de las ondas, de las grandes imperiosas ondas;

O bien, en alguna barca solitaria, llevada sobre el denso mar,

O gozoso y lleno de fe, desplegando sus blancas velas,

En el barco que hiende el éter entre la espuma relampagueante del día, o de noche, bajo las innumerables estrellas,

Quizá será leído por marineros jóvenes o viejos, como un recuerdo de la tierra,

En plena concordancia con mi fin.

—
"He aquí nuestros pensamientos, los pensamientos de los que navegan,

No es sólo la tierra, la tierra firme la que aparece,

En este libro—podrán decir entonces—

También se extiende y arquea la cúpula del cielo; sentimos el ondulante puente debajo de nuestros pies.

Sentimos la larga pulsación, el movimiento eterno del reflujo y de la ola,

Los acentos de misterio invisible, las vagas y vastas sugerencias del mundo oceánico, las sílabas líquidas que se derraman,

El olor, el ligero crujimiento del cordaje, el melancólico ritmo,

La perspectiva ilimitada, el horizonte fosco y lejano están aquí.

En este poema del Océano."

—
No titubees, pues, ¡oh libro! cumple tu destino,

Tú que también eres como una barca solitaria, hendiendo el espacio, hacia un fin que ignora, y no obstante llena de fe.

Navega tú también en conserva, con cada navío que navega,

Llévales mis cariños (para vosotros, queridos marineros, los he encerrado en cada una de estas hojas);

¡Marcha bien, libro mío! Despliega tus blancas velas, mi pequeña barca, sobre las ondas imperiosas,

Prosigue tu cántico y tu marcha, lleva de mi parte,

Sobre el gran azul ilimitado de los mares,

Este canto, para todos los marineros y para todas sus naves.

* * *

¡OH ESTRELLA DE FRANCIA!

(1870-71)

¡Oh estrella de Francia,

Que en la plenitud de tu esperanza, de tu fuerza y de tu gloria

Fueras, durante tanto tiempo, como la nave capitana de una flota,

El resto de un naufragio azotado por los trocado ahora

En huracanes, en un pontón sin mástiles.

Desbordante de muchedumbres locas, furiosas, semisumergidas,

Sin timón ni timonel!

—
Estrella obscurecida,

Orbe, no sólo de Francia, símbolo también de mi alma y de sus más caras esperanzas.

Símbolo de la lucha, de la audacia, del divino y furioso amor por la libertad.

Símbolo de las aspiraciones ideales, de los sueños de fraternidad vivificados por los entusiastas,

Terror de los clérigos y los tiranos!

Estrella crucificada—vendida por traidores—.

Estrella agonizante sobre una región de muerte, sobre una región heroica,

Extraña región, apasionada, frívola y burlona.

¡Desventurada! A pesar de tus errores, de tus vanidades, de tus crímenes, no quiero aumentarte ahora,

Tus dolores y tus angustias actuales han borrado todas tus manchas,

¡Te han sacramentado!

Es por haber mirado siempre alto y lejos—por encima de tus errores—.

Por no haber querido venderte—fuere cual fuere la suma ofrecida—.

Por haber despertado arrasada en lágrimas, en mitad del sueño en que te sumergiera el narcótico imperial,

Por haber sido la única, entre tus hermanas—que laceraras titánica a los mismos que te avergonzaban—.

Por no haber podido, por no haber

querido sobrellevar las habituales cadenas.

¡Es por todo ello que ahora te vemos livida, crucificada,

Y con la lanza hundida en el costado!

¡Oh estrella! ¡oh nave de Francia tanto tiempo desorientada y zozobranante!

¡Valor, orbe en desgracia! ¡Oh nave, prosigue tu crucero!

Tan firme como la nave que nos lleva a todos, como la misma Tierra,

Hija del Caos y del Fuego mortales, de cuyos vastos y furiosos espasmos emergían al fin en su absoluta potencia y hermosura,

Para proseguir su curso bajo sol,

¡Oh nave de Francia! ¡también tú así continuarás el tuyo!

El tiempo barrerá las nubes de tu cielo, Un día alumbrarás el fruto de tus largas preñeces;

¡Entonces! Renacida, gigante, durmiendo la vejez de Europa

(Emularás gozosa a nuestra América —la reflejarás en un como remoto dúo—)

De nuevo tu estrella, ¡oh Francia! tu bella luminosa estrella, más pura, más deslumbrante que nunca en la paz del firmamento,

¡Esplenderá inmortal!

En la guerra

por Carmen de Burgos

Reproducimos una parte de un artículo publicado por *La Correspondencia Militar* el 17 de agosto de 1910::

“Entre los cronistas y corresponsales que la prensa periódica envió a la última campaña de Melilla y que desde allí informaron a la nación del curso de las operaciones, figuró en distinguido lugar por las preeminencias de su sexo, por su talento, por su patriotismo y hasta por la firmeza de ánimo con que soportó privaciones, penalidades y riesgos, la ilustre y bella escritora doña Carmen de Burgos, *Colombine*, cuyos interesantes artículos recordarán con gusto seguramente

cuantos los leyeron, y cuyo nombre es bendecido desde entonces en multitud de hogares españoles.

“Llevó *Colombine* a los campos rifeños, de *Heraldo de Madrid*, el especial encargo de contestar a las familias que preguntaban por soldados, cuya suerte ignoraban; y en el desempeño de esta humanitaria misión, casi siempre difícil y en muchas ocasiones peligrosa, prodigó, visitando hospitales, transitando por parajes inseguros y recorriendo campamentos, admirable suma de caritativo celo, de sumisión al deber y de desprecio a la propia conservación; y todo esto sin pedan-

terías ni jactancias, con sereno y jovial espíritu, como quien en nada rebasa las familiares lindes del cotidiano y sencillo vivir. ¡Cuántas madres, al besar, riendo y llorando, las letras en que Carmen de Burgos les decía: "Su hijo de usted está bueno y sano y se halla en tal parte", ignoraban que, para poder comunicarles tan grata noticia, una mujer, débil como ellas, tímida como ellas, había tenido que realizar trabajos y arrestos propiamente varoniles!"

* * *

Véanse algunos trozos de los que sirven de encabezamiento a la obra:

Lector:: He escrito esta novela en el campamento, con el mismo brazo que acababa de curar heridas de verdad. . .

Por eso hay un raro temblor en ella.

Impresionada por las desgarraduras y crudezas de la guerra vista frente a frente, sin telégrafo ni censura por medio, necesitaba una sangría que me aliviara de todo el exceso de sangre que bebieron mis ojos, y de cuya carga deplorable no sabía cómo aligerarme. . . A esa necesidad urgente se deben estas cuartillas atormentadas y cruentas, que hasta como obra de artista son algo accidental y en el fondo labor de periodista, momentánea, envuelta en la emoción atropellada, y un poco llena de convencionalismos a los que no podía sustraerme. Tal vez no retrate en ella todo el horror que la guerra me inspira ni toda la tristeza de las cosas contempladas en la ciudad, en el hospital y en el campamento, pero algún día haré esa historia cruel.

CARMEN DE BURGOS.

Melilla, Chaaban, año 1287 de la Egira.

Los diferentes Estados de Europa han acumulado una deuda de ciento treinta mil millones; ciento diez mil de ellos desde hace un siglo. Esta deuda colosal proviene, casi exclusivamente, de los gastos de guerra.

G. DE MOLINARI.

La sin razón de las guerras modernas se llama interés dinástico, nacionalidad,

equilibrio europeo, honor. Este motivo último del honor es tal vez el más repugnante de todos, porque no hay en el mundo un pueblo que no esté manchado con todos los crímenes y cubierto de todas las humillaciones que la fortuna puede imponer a un miserable rebaño de hombres. No obstante, si todavía subsiste un honor en esos pueblos, resulta un extraño medio para sostenerlo el hacer la guerra, es decir, cometer todos los crímenes por los cuales se deshonra un ciudadano: incendio, rapiña, violación, asesinato.

ANATOLE FRANCE.

El salvaje instinto del asesinato guerrero, tiene muy profundas raíces en el cerebro humano, porque ha sido cuidadosamente cultivado y fomentado desde hace mil años. Nos complacemos en esperar que una humanidad mejor que la nuestra logrará corregirse de este vicio original. ¿Pero qué pensará entonces de esta civilización mal llamada refinada y de la cual tan orgullosos estamos?

C. LETOURNEAU.

Los pueblos excitados unos contra otros por insultos recíprocos, se desean mutuamente la humillación, la ruina. Se regocijan cuando las calamidades, el hambre, la miseria y la derrota hieren al país enemigo. El asesinato de miles de hombres, en vez de compasión, provoca en ellos una entusiasta alegría, las ciudades se iluminan y todo el país se regocija. Así se endurece el corazón del hombre y se despiertan sus peores pasiones. El ser humano renuncia al sentimiento de la simpatía y a la humanidad.

CHANNING.

¿Puede verse nada más chistoso que el que un hombre tenga derecho a matarse porque vive al otro lado del Océano y su príncipe ha tenido una disputa con el mío, sin que entre él y yo haya ocurrido nunca nada?

PASCAL.

Acusando recibo

San Selerín.—Hemos leído el número del 1.º de agosto.—Las directoras prueban que ellas pueden muy bien hacer un bonito periódico para niños.

Los editores valencianos señores F. Sempere y Compañía nos han remitido varios nuevos libros, que vienen a enriquecer su acreditadísima colección de libros populares.

Debido tanto al acierto en la elección de obras como a la elegancia de su presentación, esta Biblioteca compite ventajosamente con las que publican renombradas casas editoriales de Francia, Alemania y los Estados Unidos.

Para que nuestros lectores se formen una pequeña idea de la importancia de estas obras, haremos una ligera reseña de ellas, ya que el agobio de originales de actualidad no nos permite dedicarles el espacio que quisiéramos y que en justicia merecen.

En la guerra, por Carmen de Burgos Seguí.

En el período álgido de la guerra con Marruecos, el *Heraldo de Madrid* envió a la autora para hacer informaciones y cuidarse de la correspondencia de los soldados con sus familias.

Allí sufrió las molestias y privaciones de la campaña, y la novela que nos ofrece la ha vivido su autora, y por ello ha merecido la aprobación de los amantes de la buena literatura.

Completan este libro otras novelas, cortas todas, pero interesantes.

La cubierta es una original nota de color del dibujante señor Bartolozzi.

Poemas, por Walt Whitman, traducción de A. Vasseur.

El autor es norteamericano y sus obras han sido traducidas a los principales idiomas europeos por la belleza de sus imágenes y sus ideas avanzadas, siendo ésta la primera versión española.

En la cubierta lleva un precioso retrato del autor.

Las mañanas en Florencia (un tomo) y *Las siete lámparas de la arquitectura* (un tomo), por J. Ruskin, traducción de Carmen de Burgos.

Cumplen estos editores el ofrecimiento

hecho al publicar *Las piedras de Venecia* de dar en su colección todas las obras de Ruskin, que fue alma de la escuela prerrafaelista, el crítico de arte que puso esta ciencia al mismo nivel que Taine la había puesto en Francia, y todos sus libros se distinguen por su amor al clasicismo, detestando el Renacimiento.

Canción de Primavera, poema rústico en tres jornadas, por José de Maturana.

Canción de Primavera, poema rústico en verso, revela intención de dar valor de égloga moderna a la Pampa y sus costumbres. La crítica bonaerense lo calificó de teatro poético, como un ensayo paralelo a los de Valle-Inclán, Marquina y Villaespesa en España, y a los de D'Annunzio y Sem Bellini en Italia.

En el reciente viaje que el autor, como redactor de *La Nación* y *Caras y Caretas*, ha hecho por España, se ha relacionado con lo más brillante de las letras españolas, y le ha dado ocasión de consagrar en Madrid sus éxitos de la Argentina con un estreno en la Comedia y una conferencia en el Ateneo.

El padre Félix, por Alfredo de Lhery.

El autor es un gran pensador, y en este libro describe la vida en los seminarios y los abusos que en ellos se cometen, quitando a los adolescentes la inocencia del alma y del cuerpo.

Historias grotescas y serias, por Edgar Poe, traducción de V. Algarra.

Figuran en este volumen varias historias maravillosas de las que tanta nombradía dieron al autor, entre ellas algunas de las llamadas policiales, que no ha podido superar Conan Doyle, de quien fue precursor.

Los anteriores libros se venden a 0.50 el tomo en todas las librerías.

Adoptado.

Revista Jurídica, órgano de la Sociedad Jurídica de la Universidad Nacional, Bogotá, Colombia. Director: Francisco Antonio Balcazar.

Giornale d'Italia, Buenos Aires, Lavalle 385-387. Director: Fernando Sansone. Il più diffuso tra i giornali stranieri dell' America del Sud.

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadrados de 225 a 350 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Za'acain el aventurero, Pfo Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, 'detective', Mark Twain
El amor catadrático, G. Martínez S.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve a la Reina!, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque, F. de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, Hedenstjerna.
Kolstomero, León Tolstoi.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, J. Benavente.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
Boda oficial, R. H. Savage.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.

Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
La voz de las campanas, C. Dickens.
Historias de locos, Miguel Sawa.
Nerto, Federico Mistral.
Ansias de vida, Luis Q. Huertos.
Nuestras hermanas, Henri Lavedán.
¿Culpable? W. Le Queux.
El lunar, Alfredo de Musset.
Por la vida, J. Pous y Pagés.
Las rocas blancas, Eduardo Rod.
Su Majestad, Henri Lavedán.
El cadaver viviente, León Tolstoi.
El refugio, R. L. Stevenson.
María, Jorge Isaacs.
Erótica, B. Morales San Martín.
Relato de un Nihilista, A. Tchekov.
El cupón falso, León Tolstoi.
El abismo, por Dickens y W. Collins.
Alma en pena, por Bjornstjerne
El secreto del ahorcado, por Carlos Dickens.
Balada, por R. Sánchez Díaz.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTE EN CENTRO AMERICA:

RICARDO FALCÓ MAYOR

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

TODAS LAS OBRAS de esta importante Biblioteca, esmeradamente impresas y artísticamente encuadradas, están de venta en el establecimiento PETIT PARIS.